

ERICH AUERBACH

LA CICATRIZ
DE ULISES

HORIZONTES DE LA
LITERATURA UNIVERSAL

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN
DE MATTHIAS BORMUTH

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE DANIEL NAJMÍAS

BARCELONA 2025



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Die Narbe des Odysseus*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Narr Francke Attempto Verlag GmbH + Co. KG
© de la traducción, 2025 by Daniel Najmías Bentolila
© de la ilustración de la cubierta, by Deutsches Literaturarchiv Marbach
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Retrato de Erich Auerbach* (1919)

ISBN: 978-84-19958-96-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 519-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2025*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción</i> , de MATTHIAS BORMUTH	7
---	---

ARTÍCULOS

El escritor Montaigne	33
Giambattista Vico	55
Dante y Virgilio	63
Marcel Proust: La novela del tiempo perdido	79
La cicatriz de Ulises	89
Filología de la literatura universal	123

CARTAS DE ERICH AUERBACH

1. A Karl Vossler (1933)	143
2. A Fritz Saxl (1935)	145
3. A Walter Benjamin (1935)	147
4. A Walter Benjamin (1937)	150
5. A Karl Vossler (1938)	154
6. A Traugott Fuchs (1938)	158
7. A Martin Hellweg (1946)	162
8. A Werner Krauss (1947)	166
9. A Erwin Panofsky (1949)	170
10. A Thomas Mann (1949)	172
11. A Victor Klemperer (1949)	174
12. A Siegfried Kracauer (1951)	178

13. A Paul y Otti Binswanger (1954)	180
14. A Martin Buber (1957)	184

<i>Fuentes</i>	187
<i>Agradecimientos</i>	191

INTRODUCCIÓN

ERICH AUERBACH, UN FILÓLOGO
EN EL EXILIO

Mi idea de Dios es confusa, pero Cristo y la Pasión son para mí cosas concretas, enternedoras y profundamente conmovedoras que provocan ira y amor.

ZBIGNIEW HERBERT¹

I

En la historia intelectual del siglo xx, Erich Auerbach (1892-1957) figura, junto a Hannah Arendt y Walter Benjamin, entre los eminentes exiliados cuyas ideas y argumentos en torno a la filosofía de la cultura se discuten hoy en todo el mundo. En sus escritos, los tres exponen de maneras muy distintas el modo en que la experiencia de la marginación determinó su pensamiento en cuanto intelectuales alemanes y judíos.²

Ya desde finales de la década de 1960, Walter Benjamin tuvo, gracias a la «cultura de Suhrkamp», una amplia re-

¹ Conversación con Renata Gorczyńska (ensayista, traductora, crítica literaria) traducida del polaco al alemán por Helga Gutsche, *Sinn und Form*, n.º 5, septiembre/octubre de 2004.

² Véase Matthias Bormuth, «Krise des Historismus und provisorische Existenz. Hannah Arendt, Erich Auerbach und Walter Benjamin», en: Antonia Grunenberg, Volker Gerhardt y Stephan Gosepath (ed.), *Verborgene Tradition und unzeitgemäße Aktualität? Hannah Arendt 1906-2006*, volumen especial, n.º 16 de *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, Berlín, Akademie, 2008, pp. 145-165.

percusión; en cambio, Hannah Arendt, excepción hecha de su informe *Eichmann en Jerusalén*, sólo empezó a ser reconocida internacionalmente después de 1989 en virtud de su crítica al totalitarismo. La extendida historia efectual de Erich Auerbach comenzó más de una década después, cuando Edward Said, en su calidad de *Public Intellectual* de origen palestino, elogió en 2003 el quincuagésimo aniversario de la edición inglesa de *Mimesis*—el *opus magnum* de Auerbach, que lleva el subtítulo *La representación de la realidad en la literatura occidental*—.¹ *Mimesis* abarca cerca de dos mil quinientos años de observación literaria, tanto personal como del mundo, empezando con Homero y la Biblia hasta terminar con James Joyce, Marcel Proust y Virginia Woolf.

También en Alemania la fama de Auerbach se limitó durante largo tiempo a *Mimesis*. Hasta 1967 no vio la luz una edición filológica de sus artículos y reseñas,² seguida, un cuarto de siglo después, de una delgada y no comentada selección con motivo del centenario de su nacimiento.³ Por último se publicaron artículos más breves que Auerbach ya había dado a conocer en turco durante su exilio en Estambul,⁴ y en los últimos años de la República Demo-

¹ Edward Said, «Introduction to the Fiftieth-Anniversary Edition», en: Erich Auerbach, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, trad. William R. Trask, Princeton, Princeton University Press, 2003, pp. ix-xxxii.

² Erich Auerbach, *Gesammelte Aufsätze zur romanischen Philologie*, ed. Fritz Schalk, Berna, Narr Francke Attempto, 1967.

³ *Id.*, *Philologie der Weltliteratur. Sechs Versuche über Stil und Wahrnehmung*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1992.

⁴ *Id.*, *Kultur als Politik. Aufsätze aus dem Exil zur Geschichte und Zukunft Europas (1938-1947)*, ed. Christian Rivoletti, Paderborn, Wallstein, 2014. [Existe traducción en español: *La cultura como política. Es-*

crática Alemana vio la luz una edición de las cartas a Walter Benjamin que dio a conocer por primera vez su faceta epistolar. Diez años más tarde se publicaron, también en Occidente, pequeñas ediciones de cartas a Thomas Mann y Victor Klemperer que permitieron a los romanistas conocer las voces importantes del exilio alemán.¹

Gran eco tuvo hace pocos años una selección norteamericana de los ensayos de Auerbach.² En una reseña de dicho volumen publicada en el *New Yorker*, Arthur Krystal ilustró la singularidad del modo de ver la realidad propio de Auerbach: «Para él, filólogo por formación, pero filósofo de la historia por temperamento, la literatura nunca puede desvincularse del sentido de la realidad propio de cada escritor, que, en su nivel más profundo, siempre presenta la vida cotidiana en toda su seriedad».³ Esta breve introducción a su vida y su pensamiento apunta a mostrar en qué se basa el realismo moderno de Auerbach—a saber, la tradición bíblica—y lo mucho que la experiencia del exilio contribuyó a aguzar la mirada del autor.

critos del exilio sobre la historia y el futuro de Europa (1938-1947), trad. Griselda Mársico, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2017].

¹ Véanse las fuentes relativas a las cartas reproducidas en el presente volumen (pp. 170-172). A finales de otoño de 2017 se publicará, en la nueva edición ampliada a cargo de Martin Vialon, una nueva bibliografía primaria con todas las cartas de Auerbach reproducidas hasta la fecha.

² Auerbach, *Time, History, and Literature. Selected Essays*, trad. Jane O. Newman, ed. e introd. James I. Porter, Princeton, Princeton University Press, 2014.

³ Arthur Krystal, «The Book of Books. Erich Auerbach and the Making of “Mimesis”», *The New Yorker*, 9 de diciembre de 2013, pp. 83-88, p. 83.

Erich Auerbach nació en 1892 en Berlín, en el seno de una familia judía originaria de Posnania que se benefició del ascenso de la burguesía acomodada de Charlottenburg. Tras estudiar Derecho y combatir en la primera guerra mundial, pudo dedicarse por entero a su verdadera pasión, y concluyó sus estudios de Romanística con una tesis sobre las novelas cortas de Boccaccio. Más tarde tradujo *Principios de ciencia nueva. En torno a la naturaleza común de las naciones*, del napolitano Giambattista Vico. Su retrato de este filósofo de la historia largamente olvidado encontró cierta repercusión en los círculos liberales y eruditos de la República de Weimar. El verdadero cambio que impulsaría la sólida carrera de un bibliotecario prusiano lo debe Auerbach a su segundo libro, *Dante, poeta del mundo terrenal*, que en 1929 llamó la atención del mundo académico. El eminente romanista Karl Vossler se ocupó de que, en Marburgo, el sueño de Auerbach se hiciera realidad. Sin haber sido jamás asistente científico, llegó a profesor numerario y, en la pequeña ciudad universitaria a orillas del Lahn, pudo explicar la obra del florentino a sus estudiantes.

No obstante, pocos años después perdió la libertad de cátedra. La creciente persecución de los judíos alemanes se hizo perceptible para él a mediados de 1935 con el endurecimiento de la Ley para la restauración de la función pública. Tras verse relegado a los márgenes de la universidad, durante un viaje a Italia comentó brevemente a Walter Benjamin que su situación como judío asimilado se había vuelto insostenible. Un año después consiguió escapar de esa precariedad cuando lo llamaron de la Universidad de Estambul, donde, a causa de los despidos de los académicos otomanos tras la modernización que llevó a

cabo Atatürk, buscaban con urgencia investigadores occidentales que transmitieran a los jóvenes turcos la cultura europea. Los comienzos del exilio en Estambul fueron esperanzadores: «La casa junto al Bósforo es hermosa, y el trabajo, desde el punto de vista científico, totalmente primitivo, pero humana y políticamente, y también en lo relativo a la organización, muy interesante» (*cf.* p. 151 del presente volumen).

Al cabo de unos años de preparación surge, en el aislamiento forzoso de Estambul, *Mimesis*. Es como si hubiera sido necesario el exilio, lejos del saber de Occidente, para crear ese panorama personal de la literatura occidental.¹ Con enorme pesar renunció Auerbach a la bibliografía y las notas al pie. Él mismo señala:

La investigación fue escrita en Estambul durante la guerra. Ahí no existe ninguna biblioteca bien provista para estudios europeos, y las relaciones internacionales estaban interrumpidas, de modo que hube de renunciar a casi todas las revistas, a la mayor parte de investigaciones recientes e incluso, a veces, a una buena edición crítica de los textos.²

La necesidad científica se convirtió en virtud:

Por lo demás, es muy posible también que el libro deba su existencia precisamente a la falta de una gran biblioteca sobre la es-

¹ Algunos investigadores quieren despojar de su carácter idealizado al mito relativo a la génesis del libro; entre ellos, la profesora Kader Konuk, buena conocedora de Estambul, en un capítulo de su libro *East West Mimesis. Auerbach in Turkey*, Stanford, Stanford University Press, 2010, pp. 133-166.

² Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, epíl. Edward W. Said, trad. Ignacio Villanueva y Eugenio Ímaz, Madrid, FCE, 2017, ed. digital.

pecialidad; si hubiera tratado de informarme acerca de todo lo que se ha producido sobre temas tan múltiples, quizá no habría llegado nunca a poner manos a la obra.¹

Mimesis vio la luz en Suiza en 1946 y su repercusión no se hizo esperar. Victor Klemperer admiró su influencia calificándola de «memorable»,² pero consideró que las condiciones de la biblioteca de Estambul sólo habían incidido relativamente en la singular calidad de esa historia de la literatura: «Lo que influyó de manera decisiva [en *Mimesis*] no fue el estar lejos de tantos y tantos libros; antes bien, fue, literalmente, el exilio mismo, el motivo del destierro y toda la terrible vida del presente lo que contribuyó a darle forma de un modo indiscutible».³

Gracias al éxito de *Mimesis*, Auerbach y Marie, su esposa, se atrevieron a dejar Estambul ya al año siguiente para reunirse con su hijo Clemens, que residía en Estados Unidos. El primer año vivieron con cierta estrechez en el Pennsylvania State College: «Una habitación con camas enormes encima de las cuales extender todo lo necesario para el trabajo, escribir a máquina, o coser; al lado, un hornillo eléctrico para preparar el desayuno. Los invitados se sentaban en las camas».⁴ Poco después, el romanista—que contaba con el apoyo del historiador del arte Erwin Panofsky—recibió la invitación del prestigioso Ins-

¹ *Id.*

² Victor Klemperer, «Philologie im Exil» (1948), en: *Vor 33 / nach 45. Gesammelte Aufsätze*, Berlín, Akademie, 1956, pp. 224-229, p. 224.

³ *Ibid.*, p. 225.

⁴ Marie Auerbach a Paul y Otti Binswanger, 31 de marzo de 1955: «Erich Auerbach: Briefe an Paul Binswanger und Fritz Schalk, Teil II (1947-1957)», *Romanistisches Jahrbuch*, n.º 61, 2010, pp. 133-190, p. 175.

tituto de Estudios Avanzados de Princeton y pudo contar así a Victor Klemperer sus fascinantes impresiones del Nuevo Mundo:

Este país es, a su manera, grandioso, y después de los últimos treinta años para un europeo es casi estremecedor ver cuán fácil y sin obstáculos se vive aquí. No sólo por la técnica, sino también por el aspecto humano: es el país más cordial que conozco. Todos se tratan de tú a tú, todos son serviciales, gente desinhibida y de confianza. Llevan a cabo las cosas más asombrosas con optimismo y despreocupación (p. 177)

En 1950 llega finalmente el nombramiento, una privilegiada cátedra en Yale, una de las universidades de la antigua y prestigiosa Ivy League. La excelente biblioteca permite—y el mundo académico lo espera—que Auerbach demuestre sus capacidades filológicas. Interrumpido por largas crisis de la escritura, se enfrasca durante años en la literatura medieval. No obstante, a pesar de la profusión de materiales, los estudios sólo fructifican, según su propia valoración, en «una serie de fragmentos».¹ Lo que consiguió magistralmente en Estambul en condiciones primitivas—escribir, en interpretaciones ejemplares, una sugerente historia del espíritu occidental—no pudo repetirse en las excelentes condiciones de una universidad de élite. En un tono melancólico concluye así el autor la introducción a *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*: «No posee siquiera la laxa, aunque siempre perceptible, unidad de

¹ Auerbach, *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, Berna, Francke, 1958, p. 24. [Existe traducción en español: *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y la Edad Media*, trad. Luis López Molina, Barcelona, Seix Barral, 1969].

Mimesis».¹ Auerbach no vivió para ver publicado su último libro; murió de repente, de una insuficiencia cardíaca, en el otoño de 1957 en Wallingford, donde residía.

3

Los artículos y cartas reunidos en este libro, que nuestro autor escribió entre 1921 y 1957, se inscriben en el horizonte ideológico de *Mimesis*. El complejo realismo de dicha historia de la literatura se refleja sobre todo en la aproximación de Auerbach a Montaigne, el gran escéptico, decisivo para su línea de pensamiento y su noble y discreta manera de vivir.

En un breve ensayo titulado «El escritor Montaigne», Auerbach esbozó en 1930 el ideal del librepensador. Se decía fascinado por la decisión del francés de retirarse de todo cargo público y defender, en la Torre de los Libros, su libertad intelectual durante las guerras de religión: «El verdadero objeto de su defensa era su centro interior, el escondite de su espíritu» (p. 34). Al filólogo Auerbach le impresionaba profundamente el modo en que Montaigne, en los *Ensayos*, cultivaba la universalización de los objetos del saber más importantes y conseguía crear un nuevo público que escapaba de la jerarquía de las autoridades eclesiásticas: «Esos legos llegaron a ser los auténticos intelectuales, los representantes y mentores de la vida intelectual» (p. 39).

La Europa moderna que Auerbach invoca con Montaigne corre gran peligro en 1933. Ante el nuevo régimen, el filólogo observa normas de conducta defensivas que se reflejan en su interpretación de los *Ensayos* del autor fran-

¹ *Id.*

cés: «Él, Montaigne, por prudencia y lealtad, calla y se aviene a lo existente [...] No busca el martirio, e intentaría por todos los medios a su alcance escapar de un mal inevitable» (p. 48). En 1935 se agudiza el conflicto, y un año después Auerbach, el romanista, tiene la suerte de poder exiliarse en Estambul, donde inicia una vida nueva y desconocida.

Asistido por traductores, en la universidad da clases en francés a jóvenes turcos. Un grupo de auxiliares alemanes, que ya habían llegado a Estambul con su predecesor Leo Spitzer, le prestan una ayuda inestimable. Además, en el círculo de profesores universitarios emigrados se forjan relaciones intensas que harán de Estambul un enclave del mundo cultural europeo. Una década más tarde, cuando Auerbach deja el Bósforo para probar suerte en los Estados Unidos, las líneas del orientalista Hellmut Ritter reflejan lo que el filólogo significó para la comunidad de científicos alemanes emigrados:

En la colonia de profesores e intelectuales de Bebek, patria de tantos apátridas, su hospitalario Marienheim fue más que un lugar donde se reunían vecinos y amigos para distraerse y estimularse [...] No nos gustaban las mismas cosas, pero el bien común de la cultura y la civilización occidentales era tan grande que no percibíamos lo que nos separaba, y nos íbamos de allí muy contentos tras esas horas de conversación culta.¹

En el círculo erudito junto al Bósforo, a salvo de la Segunda Guerra Mundial, Auerbach encontró con los años

¹ Hellmut Ritter a Erich Auerbach, agosto de 1947: Martin Vialon, «Erich Vialon—ein Portrait in Briefen über die “Serenität der Seele”», en: Matthias Bormuth (ed.), *Offener Horizont. Jahrbuch der Karl Jaspers-Gesellschaft*, n.º 1, 2014, pp. 222-242, p. 237 y s.

tiempo libre suficiente para poner por escrito, en *Mimesis*, su personal visión de la gran literatura. Consciente de sus limitaciones, no pone el acento en la integridad y objetividad; antes bien, subraya que las circunstancias biográficas fueron decisivas para su historia de la literatura occidental: «Hoy, nadie puede ver un contexto semejante como no sea desde el presente, y, a saber, desde el presente que han determinado para él, el que ve, sus orígenes, su historia y su formación».¹ Ese personal hincapié resuena también al final del libro. Si Montaigne dirige las primeras palabras de los *Ensayos* al «lector», también para éste son las últimas frases de *Mimesis*: «Sólo falta encontrarlo a él, al lector. ¡Ojalá mi investigación llegue tanto a mis antiguos amigos supervivientes como a todos aquellos lectores a quienes va dirigida, y pueda contribuir a reunir a los que han conservado límpidamente el amor hacia nuestra historia occidental!».²

4

La «historia occidental» comprende el mundo antiguo, pero, sobre todo, el judeocristiano. Característica de ambos es la pregunta por el sentido de la vida. En tiempos de la Ilustración, según Auerbach en la conferencia inaugural sobre Dante que dio en Marburgo, dicha pregunta la plantean filosóficamente, y hasta el extremo, los idealistas alemanes. Un siglo después, cuando la primera guerra mundial destruyó de golpe el orden y la autocomplacencia de

¹ Auerbach, «Epilegomena zu *Mimesis*» (1954), en: Karlheinz Barck y Martin Tremml (ed.), *Erich Auerbach. Geschichte und Aktualität eines europäischen Philologen*, Berlín, Kadmos, 2007, pp. 466-479, p. 479.

² Auerbach, *Mimesis*, *op. cit.*

Europa, la misma cuestión se planteará en términos existenciales.

La crisis de sentido que provoca el derrumbe del «mundo de ayer» encuentra en Auerbach su primera resonancia literaria cuando, unos años después, descubre, en el seminario de postgrado del teólogo y filósofo de la cultura Ernst Troeltsch en Berlín, las obras de Vico y dedica a este pensador un breve ensayo: la obra del pensador italiano atestigua el humano anhelo de sentirnos incluidos en un plan grandioso por cuya causa el mal es bueno, lo deplorable puro y lo horrible grande; de encontrar, más allá de la sangre y el hambre, de las habladurías y la confusión, de la vida y la muerte, un camino eterno de la Providencia que nos permita sobrellevar con serenidad lo que nos ocurre.

En la traducción de la principal obra de Vico, *Principios de ciencia nueva*, Auerbach se centra especialmente en la «pasión interior por la verdad» que llevó al napolitano a querer desentrañar el «misterio de la Providencia». La pregunta es: ¿cómo encontrar aún, en la desconcertante contradicción de la historia, un sentido más elevado? En el prólogo a la edición alemana se lee: «Lo que Vico aspira a presentar con su misterioso juego entre Providencia y sociedad parece ser una síntesis grandiosa y, en última instancia, mística de lo antitético. La historia empírica y la voluntad eterna, la trascendencia y la inmanencia, Dios y el mundo se funden entre sí».¹

Sin embargo, el anhelo de entender la historia como una sucesión de acontecimientos con sentido no desemboca en

¹ Auerbach, «Vorrede des Übersetzers», en: Giambattista Vico, *Die Neue Wissenschaft über die gemeinschaftliche Natur der Völker*, trad. e introd. Erich Auerbach según la edición de 1744, Múnich, Allgemeine Verlagsanstalt, 1924, pp. 15, 27 y ss.

Auerbach en la idea de progreso típica del momento. Antes bien, aprecia la crítica de Vico al «arrogante hombre racional». La exigencia de la época ilustrada, a saber, determinar racionalmente el objetivo de la historia, la trata con las reservas propias del escepticismo religioso. En Vico encuentra Auerbach la advertencia contra la limitada visión del hombre: «Así permanece Dios, no obstante, fuera y arriba, y el respectivo estado del mundo terrenal es la expresión efímera, en cada momento, de la voluntad eterna e inmutable de Dios».¹

Después de 1933, Auerbach, desencantado, contempla la historia de una manera totalmente nueva, y no cabe duda de que a ello contribuyó también su propia experiencia de marginación social como judío—que había creído superada con la cátedra de Marburgo—. Su semblanza de Stendhal en *Mimesis* puede entenderse como reflejo de lo que él mismo aprendió: «Este esbozo biográfico ha de mostrar que sólo llegó a dar cuenta de sí mismo y de su profesión de escritor realista cuando, “a salvo en su barca”, buscó un puerto y descubrió que para su nave no había ninguno adecuado y seguro; cuando, aunque en absoluto cansado y abatido, si bien ya con cuarenta años, un hombre que, solo ahora, bastante pobre y con unos primeros éxitos que se remontan a mucho tiempo atrás, llegó a sentir, con total claridad, que no era de ninguna parte».²

En 1938 se hace perceptible, en la carta a un ayudante de Estambul, la inseguridad que se adueña de la visión del mundo auerbachiana a raíz de la catástrofe europea que por entonces ya se perfilaba: «Soy un profesor que no sabe

¹ Auerbach, «Vico und Herder» (1932), en: *Gesammelte Aufsätze*, op. cit., pp. 212-232, p. 231.

² Auerbach, *Mimesis*, op. cit.

exactamente qué ha de enseñar». Si bien en sus líneas se pone de manifiesto un profundo desconcierto—«Todos los que aún hoy quieren servir a la justicia y la verdad sólo coinciden en lo negativo; en lo activo y lo positivo son débiles y están dispersos»—, no quiere perder la esperanza de un cambio político: «Y, sin embargo, para convertirse en señal visible, el bien común debe volver a adquirir, y adquirirá, forma, unidad y concreción; la presión es tan enorme que de ella han de surgir nuevas fuerzas históricas» (p. 160).

También en *Mimesis*, libro que Auerbach escribió durante largo tiempo preocupado por la posibilidad de que la guerra llegase al Bósforo, se reconoce en más de un pasaje un rasgo de esperanza propio de la dinámica profunda de la historia que había prendido en los pueblos europeos con la Revolución francesa y que, en su opinión, encontró su máxima expresión en el movimiento marxista. Así y todo, más allá del anhelo de un mundo más justo en el que todos puedan vivir en libertad y dignamente, el libro concluye con una mirada desilusionada a las crisis de adaptación mundiales y las conmociones que aún no se habían superado.

Del mismo modo conducen sus interpretaciones literarias hacia el melancólico retrato de un personaje de Virginia Woolf—la señora Ramsay en la novela *Al faro*—, quien, en su tristeza velada, irremediable, señala algo que está mucho más allá de ella misma:

Never did anybody look so sad no es una observación de tipo objetivo: es la reproducción, rayana en lo suprarreal, del estremecimiento de alguien que ve el rostro de la señora Ramsay [...] Pero tampoco se trata de una manifestación objetiva del autor sobre sus personajes. Nadie sabe exactamente lo que ocurre. Todo son

barruntos, ojeadas que alguien lanza sobre otra persona, sin poder descifrar su enigma.¹

Ese enigmático instante que Virginia Woolf escenificó magistralmente posee, para Auerbach, un derroche de realidad y una profundidad radiantes. El sufrimiento que se condensa en un momento así es el signo de los tiempos:

Cuanto más se explora [ese instante], tanto mejor se pone de manifiesto lo elemental y común de nuestra vida; cuantos más sean y más variados entre sí, y cuánto más simples las personas que aparecen como objeto de esos momentos cualesquiera, con más vigor resaltará lo común a todos.²

5

El procedimiento consistente en interpretar instantes aislados de una vida como momentos característicos de una biografía o una historia ya lo había desarrollado Auerbach en *Dante, poeta del mundo terrenal*. Le entusiasmaba la capacidad del florentino, en cuanto primer escritor europeo en una lengua vernácula, para desarrollar, en la *Comedia*, una «visión divina» de destinos humanos respondiendo a esta pregunta: «¿Cómo ve Dios el mundo terrenal?».³ En ese contexto, el panorama de las figuras históricas que Dante coloca en el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso es, para Auerbach, una visión puramente poética cuya evidencia residía únicamente en la realidad moral y psicológica de

¹ *Ibid.* ² *Ibid.*

³ Auerbach, *Dante, poeta del mundo terrenal*, trad. Jorge Seca Gil, Barcelona, Acantilado, 2008, p. 243.

los personajes. Era imposible afirmar si la fe de Dante en un mundo eterno de Dios era auténtica o no, cuestión que tampoco era, para Auerbach, decisiva; por ende, puede decirse que no compartía la entusiasta esperanza de los idealistas que redescubrieron a Dante en el sentido de que, siguiendo al poeta, se puede comprender, por medio de la razón, el sentido último de la realidad y la objetividad superior de ésta:

Desde el final de la autocracia de la visión católica del mundo, los hermanos Schlegel, Schelling y Hegel reconocieron la unidad del gran poema y no vieron en la *Comedia* una antología de bellos pasajes, sino el edificio poético más grandioso de nuestra era; no obstante, tendían demasiado a la construcción especulativa y eran demasiado poco fieles a la materia.¹

Con todo, Auerbach se declara impresionado por la profunda seriedad con la que Dante se esforzó por comprender a los hombres, ese «realismo trágico» que hacia 1933 exploró sobre todo en las obras de Stendhal y Balzac, dos escritores que retratan la experiencia de la realidad de sus protagonistas desde un punto de vista sociológico y psicológico, y con tanto detalle que los sucesos más nimios de la vida cotidiana aparecen cargados de un *pathos* trágico. Así, la novela realista rompe con la forma clásica de la separación de estilos y fusiona de un modo radical elementos sublimes y vulgares. Esa mezcla de estilos, que según Auerbach funcionó por primera vez en la Biblia, constituye, en *Mimesis*, una clave conductora de las interpretaciones.

¹ Auerbach, «Die Entdeckung Dantes in der Romantik» (1929), en: *Gesammelte Aufsätze, op. cit.*, pp. 176-183, p. 182.